
¿Qué es la Realidad Última?

Cuando nosotros, los seres humanos, a través de nuestros representantes más ilustrados, buscamos el principio supremo del ser, la vida, la existencia, la consciencia —la Fuerza Superior, el Origen de toda la Sustancia, la Deidad última, de hecho—, descubrimos que se trata de una y la misma cosa vista desde diferentes perspectivas humanas. No tiene nombre, pero podemos llamarla Mente. No hay ningún punto en el que podamos entrar en contacto con Ella, pues trasciende todo, toda capacidad humana. Cuando lo buscamos en relación con el universo que nos incluye, podemos llamarlo la Mente-Mundo o, en terminología religiosa, Dios. Aquí existe una posibilidad real de contacto, pues en lo más profundo de nuestro ser la conexión ya está ahí.

La Realidad Última es una y la misma, independientemente del nombre que se le dé; para el místico chino es el TAO, es decir, el Significado; para el místico cristiano es DIOS; para el filósofo chino es el TAT CHI, es decir, el Gran Extremo; para el filósofo hindú es el TAT, es decir, la Existencia Absoluta. Tiene su propia existencia independiente, eterna, invisible e infinita, mientras que todas las cosas y criaturas del mundo no son más que expresiones fragmentarias y fugaces de ELLA en una esfera totalmente inferior. Yace profundamente oculta como su sustancia más íntima y persiste a través de sus cambios de forma.

Lo que Jesús llamó «el único Dios verdadero» es la realidad última sin forma, no los pensamientos sobre ella ni las imágenes que la imaginación humana crea de ella. Es un objeto de la comprensión intuitiva, no de los sentidos ni del pensamiento.

Cuando buscamos la explicación última del fenómeno universal, encontramos una realidad persistente y definitiva... la Consciencia.

Creo en la fuerza superior que está detrás del universo. Llámala Dios, si quieres. Creo en la fuerza superior que está detrás del ser humano. Llámala alma, si quieres. Estas creencias no atraen a los cínicos empapados de cócteles y a los sofisticados de nuestra época.

Encontramos que es necesario, para lograr una mayor precisión y mejor explicación, restringir el término “Yo Superior” para representar la realidad última del ser humano, e introducir el término “Mente-Mundo” para representar la realidad última del universo.

El Yo Superior es el ser interno o verdadero ser de la persona, el que refleja al ser divino y sus atributos. El Yo Superior es una emanación de la realidad última, pero no es ni un fragmento separado ni una parte de la misma. Es un rayo de sol que brilla, pero no es el sol mismo.

El místico alcanza el conocimiento y la experiencia de su propia alma. Esto no es lo mismo que el conocimiento de la Realidad última. Ambas son semejantes, por supuesto —mucho más de lo que lo son el pequeño ego y lo Real—. Pero la Divinidad es la Llama de la cual el alma es apenas un destello; pretender una unión total con esta Llama parece una blasfemia.

Todo tipo de experiencia, ya sea en vigilia, en sueños, hipnótica o alucinatoria, es totalmente real y muy vívida para el ego en el momento en que sus percepciones operan en ese nivel concreto. Entonces, ¿por qué, en medio de una relatividad tan desconcertante, hablamos de la experiencia divina como la Realidad Última? Hablamos así porque se trata de lo que confiere el sentido de la realidad a todas las demás formas de experiencia. Y eso no es otra cosa que el núcleo central de la Mente pura dentro de nosotros, la fuente única y misteriosa de 'todos' los tipos posibles de nuestra consciencia. Esto, si podemos encontrarlo, es lo que la filosofía llama el mundo verdaderamente real.

Descubriendo la Realidad Última

Siente intuitivamente que hay, o debería haber, algún elemento, principio, propósito o Deidad inaprensible detrás de toda la vida y toda la naturaleza, pero ¿es posible que un ser humano llegue a conocerlo?

Lo que realmente es, a diferencia de lo que parece ser, detrás de todos los innumerables objetos de este universo tan variado, es uno solo, sin principio ni fin, la fuente de todo, el origen de la consciencia del «yo». Esta verdad le da la última esperanza al ser humano. En algún momento de su camino la descubrirá, actuará en consecuencia y será redimido. Esta será su última conversión, su salvación definitiva, su mejor búsqueda. Solo entonces comenzarán a desvanecerse los horrores a los que ha contribuido en la historia de la raza. Todo lo demás es una quimera utópica basada en deseos y fantasías.

Una persona cuya existencia no tiene mayores objetivos que los puramente físicos, ni actividades más nobles que las meramente personales, ni referencias internas a un propósito espiritual de la vida, tiene que depender solamente de sus propios y limitados recursos. No ha logrado beneficiarse de su conexión con el poder que yace detrás del universo.

Todo lo que importa realmente es cómo vivimos nuestra vida. Pero las actividades del plano superficial no constituyen todo lo que la vida ofrece para vivir. La consciencia surge de un plano detrás de la mente, y esta región, así como el mundo externo, necesita ser explorada siguiendo una guía adecuada —sus posibilidades y beneficios se revelan por completo a través de cada individuo y para sí mismo—. El vivir comienza a alcanzar su propósito cuando nuestra vida externa se vuelve motivada, guiada y equilibrada por los frutos de nuestros descubrimientos internos.

Antes que cualquier otra cosa, hoy los seres humanos necesitamos encontrar alguna clase de contacto con la Fuerza Superior que está por detrás de nosotros mismos, y por detrás del universo.

La mitad de nuestros problemas más desconcertantes se derivan de nuestra creencia ingenua, pero errónea, de que la materia es en sí misma una realidad última.

Todo científico reflexivo sabe hoy en día que, al igual que la materia ha resultado ser una manifestación de la fuerza, la fuerza acabará siendo, a su vez, una manifestación de algo superior; percibe que la materia es, en realidad, una apariencia tras la cual se esconde la realidad de la fuerza; por lo tanto, hay que considerar que detrás de la fuerza se encuentra una realidad última. En otras palabras, solo existe UNA Realidad y diversas formas en las que esta se manifiesta.

En el momento en que establecemos una relación correcta con la Mente que subyace al Universo, en ese mismo instante empezamos a percibir como algo fundamentalmente bueno ciertas experiencias que antes considerábamos malas, y empezamos a ver como algo irreal, como un sueño, muchos sufrimientos que antes considerábamos reales.

Vemos que la vida está rodeada por un gran Ser, que la Mente que subyace al universo —aunque tan impasible, reservada y, aparentemente, indiferente— en realidad está enviando sus mensajes de diversas formas en todo momento.

La Realidad Infinita es Energía Creativa

La Realidad Infinita no puede ser objeto de razonamiento, sino solo de reflexión. Ni siquiera puede ser simbolizada adecuadamente, pues considerarla como una imagen mental, un pensamiento representado, no es más que una forma más refinada de idolatría. Solo puede ser señalada. La verdadera Divinidad es incondicional, sin forma, imposible de representar. Ningún culto individual puede alcanzar lo que está totalmente más allá de toda existencia individual. No se le puede dar ningún nombre que represente adecuadamente lo que carece de atributos y de limitaciones. En la realidad última no hay ni puede haber distinciones ni diferencias, ni grados ni cambios.

Pero el hecho de que se demuestre que la causalidad es ilusoria y que el cosmos no ha sido creado y es infinito no significa que nuestra cosmología niegue la verdad de la evolución. Solo niega la actitud convencional hacia la evolución. Porque saca todo cambio y, por lo tanto, todo progreso del ámbito de la realidad última y los relega al lugar al que pertenecen: al ámbito de la apariencia inmediata.

La Energía Creativa es una y la misma, independientemente del nivel en el que se manifieste —ya sea superior o inferior— y de la forma en que se exprese —ya sea más sutil o más densa—.

La realidad última no reside en este mundo, ni en aquello que lo percibe, sino en aquello que percibe al que percibe.

Si, al recordar la infinitud de la Realidad Última, nos negamos a personificarla y a adorar dicha personificación, nos elevamos del punto de vista exclusivamente religioso al punto de vista integral, a la vez religioso, místico y filosófico.

La realidad última no puede representarse con fidelidad alguna, ni la verdad última puede comunicarse con precisión alguna.

La verdad última se refiere a la esencia de una cosa, a su naturaleza real. La verdad inmediata se refiere a sus condiciones cambiantes o a sus estados pasajeros, a la cosa tal y como se presenta en el momento de la percepción.

Quienes renuncian a buscar la Verdad Última porque creen que es inalcanzable, porque pierden la esperanza de encontrarla alguna vez, la traicionan.

Afirmar que la Realidad última es totalmente incognoscible es del todo correcto desde el punto de vista de la situación humana real, que se basa en los instrumentos de conocimiento habituales y familiarizados, es decir, los sentidos del cuerpo y los razonamientos de la mente. Pero no es del todo correcto desde el punto de vista de lo que el ser humano puede alcanzar. Lo que ni los sentidos ni el intelecto pueden descubrir, una tercera facultad superior, actualmente latente, podría descubrirlo. Se trata de la facultad de la comprensión intuitiva.

Como ampliación a los textos aquí expuestos recomendamos la lectura (en la sección ARTÍCULOS) del documento **A231220** *En qué quedamos ¿El mundo es real o ilusorio?...* donde se encuentran algunas notas más de Paul Brunton, pero también otras de Ramana Maharshi.